

Berta alzó al cielo una triste mirada: había en aquella mujer tal dignidad, que parecía no tener lugar en su alma para aposentar la cólera: acercóse á la dama, le dió la mano, y le dijo con acento afectuoso y lleno de deferencia:

—Hasta dentro de poco, que iré á ver á V. con mis hijas.

—La menor sabe dónde vivo, y servirá á ustedes de guía: mi nombre es Aurelia... permítame usted, señora, que por ahora no le diga más.

Berta se alejó, seguida de sus hijas.

En cuanto á la dama, á quien desde ahora llamaremos con el nombre de Aurelia que ella misma se ha dado, volvió á sentarse á la sombra del gran tilo, y abriendo su libro, trató de entregarse de nuevo á la lectura.

Imposible le fué, sin embargo, conseguirlo: su imaginación vagaba por regiones muy apartadas, porque sus labios se abrían de vez en cuando para murmurar frases incoherentes.

Cerró, por fin, el volumen, alzó al cielo su bello semblante, y uniendo las manos, se puso á orar con fervor religioso y sincero, pues por sus blancas mejillas se deslizaron algunas lágrimas silenciosas y tristes, que brotaban, sin duda, de amargas memorias ó de pasados dolores encerrados en el fondo de su alma.

CAPITULO VII

La cacería.

Carolina, al separarse de la incógnita con su madre y su hermana, entró con ellas en el interior de la casa: allí cada una tomó diferente camino.

Berta acudió á la voz desapacible de su marido; Hortensia entró en la cocina para devorar una enorme cantidad de patatas con tocino—su almuerzo cotidiano,—y Carolina subió la escalera para dirigirse al cuarto de su madre y al que ella de soltera había ocupado.

Ambos se hallaban situados en el mismo corredor: era un pasillo angosto, alumbrado por un balconcillo de madera que caía sobre el corral.

Allí se abría la puerta del pequeño aposento donde la joven vivía tan dichosa antes de ser la esposa de Bernardo. Carolina entró, sentóse en una vieja silla, única compañera de otra en mejor estado, y tendió una triste mirada por el aposento.

Su camita blanca, cerrada por cortinas de

percal, se hallaba arreglada como si ella hubiese de acostarse: la mesita de madera negra, con el pequeño tocador encima, brillaba de limpieza; una imagen de la Virgen, encerrada en un pobre marco de madera, sonreía á la cabecera del lecho: todo, en fin, estaba como ella lo había dejado.

Su madre había sido quien, á la llegada á la aldea, le había arreglado aquel cuartito lo mejor que le había sido posible.

Su madre, quien por uno de esos milagros del amor que le profesaba, le había dedicado aquel nido, desde el cual no pudiese oír el lenguaje obsceno y vergonzoso de su padre, y en el cual durmiese como un cisne joven en el lecho de musgo que su madre le prepara á la orilla de un cenagoso lago.

Carolina respiró allí: estaba, desde el día anterior, como embriagada con la multitud de sensaciones que sin interrupción se iban sucediendo en su alma: aquellos viajeros elegantes, aquel hermoso joven que venía entre ellos, y cuyos ojos la hacían tantas dulces promesas de amor; aquella dama desconocida, tan triste, tan bondadosa, que se le había aparecido bajo el gran tilo del jardín; y en medio de todo esto, la desconsolada figura de su madre y la austera de Bernardo, todo esto había reducido su cerebro á un estado inexplicable de agitación y casi de terror.

Sumergida se hallaba en sus reflexiones, cuan-

do oyó la voz de su madre que la llamaba. Carolina abrió la puerta al instante, y se dió prisa á secar algunas lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¿Qué es eso, hija mía? dijo Berta tomándole una mano; ¿estás triste? ¿te aflige algún pesar?

—Ninguno, madre mía, respondió la joven; ya sabes que lloro siempre que entro en este cuartito, pues él me recuerda el tiempo más dichoso de mi vida.

—A Dios gracias, hija mía, no eres ahora tampoco infeliz: tu suerte ha sido bien diferente de la mía, y por esto doy á todas horas gracias al cielo; pero ya es hora de que te dé cuenta de mi comisión: la Marquesa me ha encargado que venga á invitarte para tomar parte en la cacería de hoy.

—¡En la cacería de hoy! repitió Carolina, cuyo corazón saltó de gozo y cuyas mejillas se cubrieron de carmín.

—Sí, en la cacería de hoy, ó mejor dicho, en la que ya se está organizando: son las ocho, y á las nueve hay que salir del pueblo: esta noche han llegado los monteros y la trailla, y desde la aurora se está preparando todo: tú tienes una elegante amazona, y sólo hallo una dificultad para que aceptes.

—¿Cuál, mamá? preguntó Carolina, cuyo semblante se cubrió de tristeza.

—Que se debería avisar á tu marido.

—¿Para qué? A la noche, cuando vuelva, ya estaré yo en casa y se lo contaré todo.

—Sin embargo, creo que sin su permiso...

—¿A qué pedirle un permiso que estoy segura de que me ha de dar? exclamó Carolina. Vamos, mamá, que vaya Hortensia con el criado de casa, y yo le daré la llave de mi ropero, á fin de que saque y me traiga mi vestido de montar: si yo voy, mi suegra empezará á preguntarme, y tal vez me pondrá inconvenientes para que no vaya: es mucho más regañona y curiosa que Bernardo.

—¡Oh! eso es bien cierto, porque Bernardo no lo es nada! repuso Berta. Esto me hace consentir en que vayas á divertirte un rato, mi pobre Carolina; y además, creo que, yendo con tu padre, nada podrá decir tampoco tu marido.

—¡Qué! ¡viene papá también! exclamó sorprendida Carolina.

—Sí: al oír hablar de caza, se ha animado y ha dicho que él también quería ser de la partida: por eso pedía de almorzar con tanta prisa: nada sabía de eso, ni había visto á ninguno de los huéspedes; pero esta mañana bajó al amanecer al jardín y se halló con ese caballero de cabellos grises á quien llaman Vargas, que le convidó y le enteró del plan de la cacería: creo que vais á un soto dos leguas de aquí y propiedad del Conde, donde hay un venado.

—¡Oh! ¡pronto, pronto, mamá! interrumpió Carolina con el pecho palpitante y las mejillas animadas: ¡pronto, que vayan á buscar mi vestido

de montar! ¡Un venado! ¡una cacería! ¡Yo convidada á una cacería, á despecho de esas orgullosas jóvenes que hace poco han pasado por mi lado sin saludarme!

—¡Cómo! ¿has visto á alguna de las señoritas que hay en casa?

—He visto á dos de ellas, mamá; á dos, y ni una ni otra se han dignado saludarme ni aun con la cabeza! Pero hoy estoy vengada por la cortesía de la Marquesa, que me hace su igual!

—¡Qué exaltación, querida mía! ¡cálmate, por Dios!

—¡Bien, bien, mamá! me calmaré; pero que vayan al instante por mi vestido de montar.

Carolina parecía no poder dar cabida en su cabeza más que á esta idea: su madre, creyendo su afán hijo de un deseo natural de diversión y de gozar de un espectáculo tan nuevo para ella, salió para enviar á buscar su traje.

Media hora después, Carolina, hermosa como Diana cazadora, bajaba al gran patio del palacio, donde ya estaba reunida toda la comitiva.

Llevaba un traje de amazona de merino verde, que dibujaba su talle de ninfa de una finura y esbeltez maravillosas: un chaleco de satén color de paja, un poco abierto, dejaba ver una camiseta plegada de batista, cerrada en el pecho por dos botones de oro; y por debajo del cuello liso y doblado pasaba una corbata de seda color de cereza.

Sobre las ajustadas mangas del traje volvían unos puños de batista lisa, bastante anchos: llevaba guantes de ante, finos como la seda y de color gris oscuro, y en la mano derecha un latiguillo con puño de oro.

La premura con que se había vestido no le había permitido hacer su peinado sólido y firme; pero este abandono le prestaba un encanto seductor, muy distinto del que ofrecían las pretensiones de las otras jóvenes que llevaban el peinado en apretadas trenzas.

Los cabellos de Carolina bajaban en espesos y numerosos rizos casi deshechos alrededor de su cuello, y le daban un aspecto lleno de gracia encantadora y caprichosa, sujetos por un sombrerillo negro con velo verde.

Corina y Luisa, hija aquélla y ésta sobrina de la Marquesa, se hallaban ya sobre dos jacas negras, gallardas y fogosas, que piafaban de impaciencia: los criados tenían los caballos de sus amos del freno, pues todos esperaban para montar á que llegase Carolina.

En medio de ellos se veía al viejo Villena, ataviado con una levita raída y sucia de retirado, con un sombrero redondo y con unas botas altas que usaba cuando iba á cazar solo, puestas por encima del pantalón.

Al ver bajar á su hija, exclamó con acento regañón, pero que procuraba suavizar por respeto á los que le rodeaban:

—¡Vamos, vamos, niña! ¿te parece justo hacer esperar á todos estos señores?

Carolina no respondió nada; estaba encarnada como una amapola, y sólo acertaba á saludar con la cabeza á toda aquella brillante reunión.

Al mismo tiempo se le acercó el Conde y le presentó la mano para ayudarla á subir sobre un hermoso caballo blanco que relinchaba y sacudía sus crines.

—Ese potro me parece demasiado fogoso para esta niña, dijo la Marquesa; tengo miedo por ella.

—¡Qué miedo ni qué demonio! exclamó Villena, ¡mi hija monta bien, señora!

—Tanto mejor, repuso la anciana, aturdida con aquella grosería, y mientras que Corina y Luisa se tocaban con el codo.

Entretanto, Carolina, apoyada en la mano del Conde, saltó con una ligereza llena de gracia sobre el potro. Francisco no dejó escapar la ocasión de oprimir suavemente aquella mano deliciosa y tan pequeña como la de una niña.

—En marcha, dijo la Marquesa, subiendo al carruaje que esperaba á la puerta con los dos ancianos: vosotros, amigos míos, obrad como os acomode: el señor Villena y Vargas van con vosotros; sólo os encargo mucho cuidado con estas niñas: ya sabéis que en la avenida debemos hallar á los paseantes: nosotros seguiremos la cacería.

Al acabar la anciana de pronunciar estas pa-

labras, soltaron los monteros la jauría, que salió dando aullidos de alegría, corrieron detrás los ojeadores y siguió la cabalgata al trote largo de sus briosos corceles.

Villena, siguiendo sus brutales instintos, se mezcló á los picadores y monteros y partió delante: Corina y Luisa, huyendo de la compañía de la joven lugareña, que había sido invitada por la Marquesa muy contra su voluntad, partieron también delante, seguidas de algunos jóvenes, y Carolina quedó algo más detrás, escoltada por Vargas, por el Conde y por dos amigos suyos.

La esposa de Bernardo se había transfigurado: brillaban sus ojos, que parecían mayores que de ordinario; palpitaba su pecho, y se reía á carcajadas de las corbetas de su caballo.

Poco á poco, llevada del encanto de la situación, ó deseando hacer ver que sabía manejar su potro, se fué adelantando, y el joven Conde hizo lo mismo.

Ambos, sin que Carolina se apercibiese de ello, pasaron delante de Corina y de Luisa, y bien pronto el galope de sus caballos los dejó en la más completa soledad.

—¡La lugareña parece que se explica! dijo Luisa maliciosamente: pronto se ha hecho amiga de mi hermano.

—En cuanto encontremos á Lucrecia, se lo digo, repuso Corina, cuyo amor propio estaba ofendido por la infidelidad del novio de su hermana.

—¡Anda, tonta! ¿crees tú que esto puede traer consecuencias? dijo Luisa, que, como era natural, defendía á su hermano: ¿crees tú que Lucrecia puede ofenderse de semejante cosa?

—¡Quién sabe! lo cierto es que esa mujer es bastante linda.

—Las mujeres de esa clase nunca son, para los hombres de la nuestra, ni bonitas ni feas: son un pasatiempo nada más: si lo hallan al paso, hay pocos que no lo aprovechen: cuando lo pierden de vista, se olvidan de que ha existido.

—Sin embargo, querida Luisa, á mi hermana no puede agradarle semejante pasatiempo, como no me agradaria á mí, ni á tí tampoco: esa es la verdad.

—Pues yo creo á Lucrecia con demasiado talento y con demasiado orgullo para que haga caso de semejantes miserias.

Uno de los jóvenes, que se mezcló en la conversación de las dos primas, la hizo general: poco después llegaron á un recodo del camino, y en una avenida de árboles hallaron á Lucrecia, á Victoria y á los amigos que las acompañaban en su paseo matutino.

Corina se acercó á su hermana rápidamente y le dijo á media voz estas palabras:

—La labriega del palacio viene también.

—¡Cómo! exclamó la soberbia Lucrecia en el colmo del asombro: ¿viene de veras?

—¡Como te lo digo!

—¿Quién la ha convidado?

—Nuestra madre.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido con Francisco por un camino de travesía.

—¿Solos?

—Sí, solos: ten cuidado, porque, aunque rústica, no es fea, y tu novio le ha sorbido completamente el seso.

Lucrecia, al oír estas palabras, sonrió desdeñosamente; pero en aquella sonrisa había un tinte de dolor que decía muy claro que había quedado clavado en su alma el dardo emponzoñado de los celos.

En efecto, aquella joven tan noble, tan rica, tan hermosa, tan soberbia, amaba á su primo con una pasión ardorosa, exclusiva y fuerte: aunque había coqueteado con muchos jóvenes de la grandeza, el Conde de Montilla era su primero y único amor, y nada conocía que pudiese reemplazarle en su corazón.

Con el pretexto de acercarse al coche en que venían su madre y sus ancianos amigos, hizo volver su caballo; pero un observador inteligente hubiera visto que era para ocultar una lágrima.

Luego dió un brioso latigazo en las ancas de su jaca, y partió al galope por el camino que conducía al soto, y que era el único que, á su parecer, podían haber tomado Francisco y Carolina.

CAPÍTULO VIII

Seducción.

Era una de las más bellas mañanas del mes de Junio: la tierra abría su seno á las emanaciones de la primavera, y la naturaleza entera sonreía y hablaba de amor.

Brillaba el sol espléndido por detrás de un alto monte que se levantaba frente á los viajeros, y los pájaros entonaban himnos de gratitud á la estación de las flores y de los perfumes.

El Conde y la esposa de Bernardo seguían al paso un ancho sendero: la joven guardaba silencio; tenía el pecho oprimido, temblaba, y sus mejillas estaban encendidas como las amapolas que bordaban los campos de trigo que se extendían á orillas del sendero.

El Conde iba muy sereno: gozábbase, como sucede comúnmente á todos los hombres colocados en igualdad de circunstancias, en el dominio que ejercía sobre aquella hermosa joven que tenía el poderoso aliciente de pertenecer á otro, y creía buenamente que aquel pecadillo era venial y no